



LA MUSA DIDACTICA
DE JOVELLANOS⁽¹⁾

POR

JOAQUIN DE ENTRAMBASAGUAS

Conforme el tiempo nos aleja cada vez más del siglo XVIII, y lo contemplamos, por ello, con más penetrante serenidad, se nos define, inconfundiblemente, por encima de todos sus aspectos, como una solución de continuidad en nuestra historia nacional, como una cuña clavada divisoriamente en la evolución cultural de nuestra raza. No como una centuria más de nuestra cultura—de decadencia más o menos acusada—o tendencias innovadoras, enlazadas, al fin, con lo pre-

(1) Conferencia pronunciada con motivo del traslado de los restos de D. Gaspar Melchor de Jovellanos, durante la celebración del Curso de Verano de la Universidad de Oviedo, en el mes de septiembre de 1940.

cedente y lo posterior. No. El siglo XVIII—a pesar de sus «majas» y sus «chisperos», origen de la España de pandere-ta—no es *nuestro*. Es algo ajeno a nosotros que cada vez los sentimos más intruso quienes, por azar inmutable del destino histórico, nos enlazamos con la auténtica España de la Edad de Oro. Más intruso aún que el «rastaquoere»—digámoslo en gabacho—con que termina, como un florón de cornucopia, esta exótica centuria.

Nosotros no podemos sentir el siglo XVIII, como nuestros abuelos que nacieron, o casi nacieron, en sí. Ni siquiera como nuestros padres que pudieron llamarle «el siglo anterior» o «el pasado siglo». Nosotros estamos purificados, por fineza cronológica, de todo contacto con él y por eso descubrimos en intrusión, su total aislamiento de nuestros afanes, que cortó, como una cabeza más, con aquella insaciable guillotina—tan emblemática—cuyo gran deseo hubiera sido acaso cortar las venas, los nervios, los músculos, los huesos; toda ligadura humana, en fin, que pudiera unirle a la época anterior e interponer entre ella y su tiempo un inmenso charco de sangre...

Quizás todas las culpas innegables que, con razón, se achacan al ridículo siglo XIX, puedan resumirse en una sola: el haber creído como precedente suyo el siglo anterior; el haber admitido como españolas, su vida y su cultura. Y esto explicaría, sin disculpa, su extranjerismo amanerado, su indecisión cobarde y su resentimiento, culminantes en la roñosa «generación del 98», que también, como una guillotina taimada—sin el brillo valiente del acero, pero con los filos encubiertos del odio,—intentó cortar las frágiles ataduras que aún nos unían a la gloria y al ser de otros tiempos.

Pero nosotros, no. Nuestra generación, la generación de la Falange de José Antonio—intérprete genial de un momento histórico—se siente muy lejos, ajena realmente, a aquel siglo falso, de filosofía sin sentir poético; de moral en los libros y

perversión en las almas; de atuendos acartonados y deslumbrantes para encubrir seres escuálidos, sucios y enfermos; de materialismo racional con pretensiones científicas y realidad de supersticiones burdas en torno a la famosa cubeta de Mesmer; de picazón de piojos bajo la blanca peluca de cabellos de seda... De todo ese siglo monstruoso de contradicciones y de hipocresía, frente al cual aparenta luchar Feijóo en España con su inteligencia netamente hispana; pero que lo encarna, en puridad, por su frecuente erudición pueril y pedante. De todo ese siglo, que solo puede hallar ya eco grato en algún vejestorio afectado y hueco más o menos ginebrino, sórdido también de espíritu, y materialista de aspiraciones. De todo ese siglo, por el que España transcurre como una augusta sombra derrotada.

Se ha dicho muchas veces, que quien juega al fantasma acaba por convertirse en él. Y ello puede darnos la clave explicativa de ese siglo XVIII tan distinto de nosotros, cada vez más distinto de nosotros, al compás de la vida.

A fines del siglo XVIII, España entera juega al fantasma. Quiere asustar al mundo, cuando ya éste no la teme. Y juega al fantasma el rey Carlos II, espectral recuerdo de los Austrias; y son fantasmas, los gobernantes, la Corte, el pueblo mismo; fantasmas de otros reyes, de otros gobernantes, de otra Corte y de otro pueblo, llenos de vida, triunfales sobre los demás.

Y esta España, que estúpidamente juega al fantasma a finales del siglo XVII, acaba por serlo enteramente en la centuria siguiente dieciochesca, cuando la corporeidad nacional ausente, ha de sustituirse groseramente con otra extranjera, que ocupe el hueco de todo aquello, que se ha perdido en fantasmagoría.

Por eso el siglo XVIII es un siglo ajeno a nosotros, un siglo que nos improvisaron con recortes y deshechos de todas

las culturas europeas, para esperar que recobrará su cuerpo de nuevo el fantasma de España.

Y a través de aquella vida dieciochesca, medio francés, medio inglesa, medio italiana; medio vida, medio muerte de toda una raza, reflejándose en los múltiples espejos de los inconscientes salones dorados, o en las mentes que añoran el pasado y se inquietan por el porvenir, deambula indefinido el contorno, fugaz de visión, del fantasma de la Hispanidad, esa sombra de su alma, predestinada para romper el encanto, recobrando su cuerpo, al concluir el siglo XVIII, en aquel ademán humano con plenitud de cuerpo y de espíritu—, magnífico de 1808, capaz de disipar todos los fantasmas habidos y por haber, muchos de los cuales invadieron el país cuando se pronunció aquella repugnante frase de «ya no hay Pirineos»—cuyas consecuencias aún nos duelen, aunque ya sólo sea un recuerdo desagradable.

Pero no se logró con pervivencia el intento. Si efectivamente España halló otra vez su corporeidad nacional, no liberó, en cambio, su espíritu, de las nieblas fantasmales extranjerizantes, que pasaron a confundirse, para el vulgo, que no es el pueblo, con las puras esencias de su alma, dando lugar a toda clase de errores y desmanes.

Por eso, en esta conmemoración del insigne gijonés Don Gaspar Melchor Jovellanos, quisiera que, por encima de todos sus méritos de estudioso, de estadista, de político, de literato, quedara perenne en vuestro recuerdo este valor suyo tan difícil de conseguir cuando vivió: Jovellanos cuya vida transcurre en aquel siglo XVIII donde España es solamente un fantasma, se sintió transfundido por esta sombra inmortal hasta en lo más hondo de su alma y fué español hasta la médula de los huesos, íntegramente español, que entonces, como cuando lo dijo nuestro José Antonio, era lo único serio que se podía ser.

Y español fué en todo, en su cultura, en su política y has-

ta en su rebeldía para protestar de extrañas invasiones, como ahora hubiera protestado de aquella España roja, esclava de Rusia, borrosa pesadilla y hubiera dado su vida por liberarla, sin temor a perderla porque sabía lo que valía y supo llevar siempre su existencia de trabajo y azar como un gran señor de ella misma.

Con razón exclamaba don Cándido Nocedal refiriéndose a lo que os digo:

«Nadie sirvió con mayor celo ni con más acierto a sus reyes y a su patria, y no obstante es señudamente perseguido, cuándo por los aduladores de los reyes, cuándo por los lisonjeros de las turbas; serviríale de gran consuelo y descanso en ambas ocasiones el testimonio de su conciencia, con la cual siempre quiso vivir en paz; y en ambas, le ha de ofrecer cumplido desagravio, el juicio de la posteridad en el tribunal de la historia. ¡Dichosos los que después de una vida de azares y desgracias se satisfacen con semejantes recompensas! Dichosos los que al bajar al sepulcro, después de haber dedicado su vida a la patria, pueden elevar al cielo serena su vista y entregar a Dios su alma limpia de impureza! Tal es el sabio y prudente Jovellanos.» (1)

Jovellanos es hijo de su siglo, de ese siglo XVIII que sólo supo preguntar como un niño, en vez de dar respuestas viriles como los hombres del Siglo de Oro, Jovellanos no podía sustraerse a la cultura en que floreció, pero supo impulsarla con un sentido nacional. Sí, Jovellanos fué un hombre del siglo XVIII, pero el siglo XVIII no hubiera sido como fué, con su desastroso final de retablo grotesco, que se subasta en Bayona vergonzosamente, si hubiera habido muchos hombres como Jovellanos.

(1) *Obras publicadas e inéditas de D. Gaspar Melchor de Jovellanos*, colección hecha e ilustrada por D. Cándido Nocedal, T. I., Madrid, 1858, (*Vsñ. de Acet. Vp.* tomo XLVI) pág. V. Las citas de los textos de Jovellanos que se hacen más adelante, son solamente la indicación de la página y se refieren a este mismo tomo.

A lo largo de su vida fecunda, sólo dos latidos mueven el cerebro y el corazón del gran asturiano; su pasión por la ciencia, que cultiva en múltiples aspectos y su amor por España, en el que compendia su espíritu religioso y tradicional polarizados en un solo fin: abrir ante ella un horizonte amplio por el que pueda extender su vista, y orientar el resurgimiento que se debe a sí misma, a su destino de historia y de raza.

Jovellanos aparece en la vida pública de su patria cuando los males del país no tienen remedio, cuando sólo puede salvarla una reacción que no tendrá lugar hasta mucho después. Y sin embargo, acomete valerosamente la empresa de impedir la destrucción nacional que se avecina y cumple su misión abnegadamente.

Su espíritu recto y decidido le orienta en todo momento, y ni destierros ni prisiones, son bastantes a torcer lo más mínimo su ruta. En prisiones y destierros, sin dolerse de las incomodidades que fatigan su juventud o hieren sus años, ni de la inactiva soledad que hace sangrar su alma de luchador, Jovellanos no vive un instante que no sea fecundo de algún modo para su patria o para la cultura con que aspira a que resurja. Con la revolución francesa a las puertas, con el decaimiento picaresco que le rodea y presintiendo y contemplando, al fin, la derrota gloriosa de Trafalgar; sin Monarquía, sin Gobierno, sin pueblo, sin justicia, sin ideales; en medio de una nación que parece desmedulada, Jovellanos, aún sabe hacer fructífera colectivamente su impotencia individual y dedica cuanto puede de su activo vivir, a meditar sobre España y al estudio y difusión de la ciencia, creando, como centro de toda su labor y legado intelectual para el futuro, ese Instituto asturiano, ese Instituto que lleva su nombre, destruído, como todo lo elevado y todo lo noble, por la barbarie de la anti-España; pero inmortal como todo lo elevado y lo noble también, que se restaurará, con su primitivo es-

plendor, por el pueblo de Gijón, tan de Jovellanos por su cultura y su trabajo, en el que tenía puestos sus más puros amores.

Ahí, en ese Instituto que hoy lleva su nombre glorioso, soñaba y consiguió en parte, restaurar la cultura nacional de España, por la que tanto luchó con su esfuerzo y con su pluma, revelando siempre sus dotes excepcionales de educador, con un sentido alto y difícil de la enseñanza y una sensibilidad de poeta clásicamente serena.

Por ello me ha parecido que podría interesaros, como un humilde recuerdo a vuestro paisano insigne, discurrir brevemente sobre *La Musa Didáctica de Jovellanos*, que le inspiró pasajes admirables donde cumplió su ideal de convertir la poesía en enseñanza y la enseñanza en poesía,

La literatura coetánea de Jovellanos, cuando él aparece, ha adquirido ya una personalidad neoclásica, tras turbias etapas de decadencia y de desorientación y beligerantes influjos extranjeros.

A fuerza de tópicos, de agotamiento de temas y de carencia de ideales, fué desapareciendo en sus múltiples manifestaciones la literatura de la Edad de Oro.

Dormida la sensibilidad nacional y embotada la imaginación de la raza, todo se fué repitiendo sin renuevos vivificados, hasta llegar a un amaneramiento insufrible, que no bastaron para impedirlo las obras—más arqueológicas que originales—de un Alvarez de Toledo o de un Torres Villarroel.

Eran precisas nuevas aportaciones que abrieran cauces por los cuales se intentara continuar la evolución de nuestras letras; e Italia y Francia y, a través de ésta, Inglaterra y aún Alemania, vinieron a dictar normas que cristalizaron en obras preceptistas, como la *Poética* de Luzán, donde se intentaba—con el mismo error que mucho más tarde la «generación del 98»—dar un corte de impotencia a la cultura nacional y co-

menzar otra nueva que ni lo era ni tenía nada de la nación puesto que consistía en un conglomerado indigerible de todas las demás; pero que, a no dudar, cumplió su misión de excitar impulsos creadores, cuyo resultado fué que se alcanzase un período neoclásico con características propias. Y mientras el teatro típico de la escuela de Lope de Vega y los Autos Sacramentales de estilo calderoniano se vituperaban o se prohibían—aunque el pueblo seguía gustando de ello—la tragedia neoclásica, primero traducida, luego arreglada o imitada y, al fin, escrita con tema español, como *La Raquel* de García de la Huerta, ocupaba los teatros, junto con la comedia moratiniana—lo más logrado de la época pese a su afrancesamiento técnico, no ideológico por fortuna— sin dejar más campo a lo nacional que el sainete de costumbres populares de Don Ramón de la Cruz y otros cultivadores suyos.

Y en los demás géneros literarios, que desaparecían o se transformaban, otro tanto pudiera decirse.

Don Gaspar Melchor de Jovellanos, que hubo de formar su cultura y su gusto literario en este ambiente, supo, no obstante, amoldarlo a la psicología española, e impregnó de un casticismo lozanísimo cuanto escribió.

Así, por ejemplo, aunque era opuesto al teatro tradicional, y arremetía contra Lope, veía en él novedad de intención, belleza, estilo, fluidez y naturalidad; diálogo, artificio, enredo, facilidad de desenlace, fuego, interés, chiste y sal cómica, y ensalzaba a Calderón y a Moreto, aún cuando no viera, encastillado su clasicismo moralizador, el valor poético y fantástico, el prodigio erótico y otros elementos, primordialmente espléndidos, de la dramática del Siglo de Oro.

Para él, los preceptos de técnica literaria y la tendencia moral estaban por encima de todo y quizás no fué exagerado el Maestro Menéndez y Pelayo cuando le juzgaba como: «va-

rón de entendimiento grave y austero, nacido»... «más para la verdad que para la belleza». (1)

Además de escribir numerosos informes profesionales y diversas memorias, con una continua preocupación patriótica, entre las que sobresalen el *Elogio de las Bellas Artes*, el estudio sobre el castillo de Bellver, que le sirvió de prisión y el famosísimo *Informe en el Expediente de la Ley Agraria*, cultivó Jovellanos el arte dramático y la poesía.

Sus obras teatrales ya las conocéis: Una comedia en prosa, *El delincuente honrado*, de las llamadas *lacrimosas*, a la manera francesa, dedicada a impugnar una pragmática de Carlos III sobre los desafíos y lejano precedente de aquel teatro de Linares Rivas en que el apuntador alternaba el libreto con los Códigos Penal y Civil; y *Pelayo*, tragedia en cinco actos y romance endecasílabo, sobre el héroe asturiano que no pasa de un discreto invento y es curiosa porque para guardar las unidades dramáticas en ella, no tuvo inconveniente el autor en alterar la historia.

Según un juicio sagacísimo de Menéndez y Pelayo, «Jovellanos no carecía de sentimiento estético, pero sentía otras artes mejor que el arte literario y puede añadirse, aunque esto suene a paradoja, que era mejor poeta que crítico.» (2)

Y efectivamente, en la poesía, y no en la crítica, hemos de ver como Jovellanos, poeta, y por encima de todo, didáctico, supo, dentro de las tendencias técnicas y de la factura y forma de su época, orientar a España para que no abandonara o perdiera su acervo espiritual.

Su poesía, ampliamente neoclásica, puede decirse, que casi en su integridad, se ocupa de fines morales y docentes, desdeñando, por superficial, cualquier otro motivo poético.

(1) *Historia de las Ideas estéticas en España*. Tomo III (volumen segundo). Madrid, 1886. Pág. 191.

(2) *Ob. y lug. cit.*

El mismo, en la carta que precede a sus *Entretenimientos Juveniles*, dirigida a su hermano D. Francisco de Paula, dice refiriéndose a la poesía:

«Siempre he mirado la parte lírica de ella como poco digna de un hombre serio, especialmente cuando no tiene más objeto que el amor». (1)

Y si esto es respecto del amor, fundamento de la poesía y de la vida, sin el cual la creación fuera imposible, puede calcularse cuan ajeno estará a otros temas líricos, base de los poetas modernos.

El resumen del sentir y del crear poético de Jovellanos, lo escribió Menéndez y Pelayo con palabras, que repito aquí, por insustituibles:

«En la poesía reflexiva, en cierto género de sátira, que es función social, oficio de magistrado aún más que creación poética, tiene ardor, elocuencia y a veces un ímpetu casi lírico. Poseía la facultad preciosa de apasionarse contra el escándalo y la injusticia, y ésta es la fuente primera de su inspiración, y la que en dos o tres ocasiones le hizo poeta. Pero en el fondo su inclinación a la poesía no era grande... Estimaba la poesía como instrumento de reforma social, como vehículo de altos pensamientos morales y filosóficos, como medio indirecto de educación, más que como arte puro y libre. Creía de buena fé que los grandes asuntos pueden hacer grandes poetas; daba importancia exagerada a la *materia* de los cantos, e intimaba gravemente a Fr. Diego González que asociase su musa a la *moral filosofía* cantando las virtudes inocentes y los estragos del vicio; a Meléndez que arrojase el caramillo pastoril y aplicase a los labios la trompa épica, celebrando a Sagunto, a Numancia, a Pelayo, a Hernán Cortés, y a no sé cuántos héroes más, como si estuviera en manos de

(1) Pág. 1.

nadie torcer su propia naturaleza y como si el que nació para cantar amores pudiese a voluntad ser émulo de Píndaro o de Homero». (1)

Y, con gracia, interpreta así el ideal poético de Jovellanos concebido, si hemos de creer al insigne maestro montañés, no desde el punto de vista del hombre de letras, si no como un asunto más en cuya solución luciera el poeta asturiano sus altas dotes de estadista, poniendo a las Musas en nómina y reglamentando con leyes la inspiración y el arte de la literatura dramática:

«Quería reglamentarla y convertirla en un ramo de administración o de policía; lo esperaba todo de la eficacia de los concursos: con dos premios anuales de a cien doblones, una medalla de oro y la intervención de la Academia Española en la censura de todo drama, creía haber encontrado el específico para producir buenas tragedias y comedias, y hasta excelentes sainetes y tonadillas.» (2)

Pero no aceptemos estos juicios sutiles de Menéndez y Pelayo, como una reconvención crítica dirigida a Jovellanos, sino como la interpretación de la época a través de éste. De modo análogo pensaba la mayoría de los escritores y poetas y con mayor similitud D. Ignacio de Luzán, a quien ya he aludido, que dicta la tónica preceptista de su tiempo, juzgando a la poesía con tan estrecha finalidad didáctica que le parece ha de ser el fin de la poesía «el mismo de la filosofía moral», que la epopeya «debe servir de instrucción, especialmente a los reyes y capitanes... y proponer la idea de un perfecto héroe militar», y que con la tragedia se ha de conseguir «provechoso retiro del alma en sí misma», porque así «se temple la excesiva alegría». En fin, que la poesía habría de ser «imitación de la naturaleza en lo universal o en lo parti-

(1) *Ob. cit.* págs. 191 y 192.

(2) *Ob-cit.*, pág. 194.

cular, hecha en verso, para utilidad o deleite de los hombres, o para uno y otro juntamente», circunscribiéndola angustiosamente sólo al aspecto docente.

Y Menéndez Pelayo que se burla con gracejo de las teorías de Luzán, juzga no obstante a Jovellanos, con penetración muy por encima de las exageraciones fatales a que pudieran conducir y condujeron, en muchos casos, semejantes teorías del arte neoclásico, enraizados en la fría y estéril tierra francesa y florecido en España como planta exótica de estufa y por ello apresada en aquel ambiente asfixiante de imitación extranjera.

«El buen sentido de Jovellanos—son sus palabraa—templa, sin embargo, todas estas exageraciones». (1)

Y el propio Jovellanos, que llegaba hasta a apelar a la naturaleza, frente a los modelos clásicos,—tal vez por comprender que su musa, aunque de hondo quehacer didáctico, no se arreaba con la pureza de preceptismo neoclásico que la época imponía—consideraba humildemente sus producciones, faltas de los requisitos del arte, como obras surgidas de su pluma en los ratos de ocio y motivadas por las circunstancias:

«Es verdad que, prescindiendo de la materia sobre que generalmente recaen, he creído que debía también ocultarlos por su poco mérito; porque, siendo hechos rápida y descuidadamente en los ratos que se llaman perdidos, y no habiendo recibido aquella corrección y pulimento, sin los cuales ninguna obra es acabada, no hay duda que serán muy defectuosos, por más que hayan tenido algún día el mérito respectivo a la ocasión y al tiempo en que se hicieron». (2)

No obstante su modestia, quería salvar de un posible contacto—y alguno había aunque él no quisiera—a su poesía de

(1) *Ob-cit.* pág. 194.

(2) Pág. 1.

la edad de oro y exclama, como si compareciera ante el alto tribunal de Apolo, a la manera de aquellos que en su alcaldía de casa y corte en Madrid, iban a declarar:

«En cuanto a mí, estoy muy lejos de creer que mis versos tengan un gran mérito; pero sí aseguraré que no se parecen a los del mal tiempo». (1)

Porque juzgaba que para esta poesía del siglo de oro, «del mal tiempo»—como él decía y no debiera haber dicho—sólo se requería «un poco de ingenio», según aseguraba en otra ocasión, y el hacer versos, en general, le parecía impropio de personas graves, y sólo era admisible, la poesía no heroica, como ensayo o entretenimiento para los grandes poemas que, conforme a lo ya expuesto, habían de tener temas ampliamente históricos y heroicos.

Por fortuna esa condescendencia de Jovellanos con su propia obra, ha permitido que lleguen hasta nosotros sus poesías, si no muy extensas, de indiscutible mérito, hasta el punto de que son, sin duda, con las de Moratín, las más airoas muestras de la musa didáctica del siglo XVIII neoclásica y exótica en conjunto, pero de digna y serena belleza cuando inspiraba a un poeta como Jovellanos, de riguroso eticismo y acendrado amor a su patria, que en aquella época de descreimiento no pasaba en su filosofía—comenta Menéndez y Pelayo—de «un sensualismo mitigado» que era, al fin, «una especie de tradicionalismo» del siglo XIX. (2)

Dejemos de lado los romances y letrillas que escribió: alguno tan prosaico como la *HISTORIA DE JOVINO*. (el propio Jovellanos), y otros de estilo renacentista, si la carencia de metáfora y el desfile de *MIREOS, DALMIROS, CLO-RIS, ANFRISOS, GALATEAS, BATILOS Y ENARDAS*,

(1) Pág. 3.

(2) *Ob. cit.* pág. 198.

no nos llevarán a las fingidas Arcadias y a los inexistentes pastores dieciochescos, con que se encubrían sus amigas y amigos.

No nos detengamos tampoco en sus *Odas* sáficas, en sus traducciones de Milton, Lafontaine y Montesquieu, o en otras poesías suyas, incluso el madrigal tan lindo como el dedicado *A LAS MANOS DE CLORI*, aunque le abruma un pesado manto de recargada retórica.

Apenas me atrevo a leerlos—aún a riesgo de alargar esta aburrida disquisición—un excelente epígrama suyo, que, con perdón del neoclasicismo jovellanista, es de tan agudo conceptismo como el mejor de aquel «mal tiempo» de los Austrias que tan bueno fué. Véase si no:

A UN AMIGO

Pregúntame un amigo

Cómo se habrá de hoy más con las mujeres;

Y yo a secas le digo

Que, bien que en esto hay varios pareceres

Ninguno que llegare a conocellas,

Podrá vivir con ellas ni sin ellas. (1)

Vamos a completar, en lo posible, estas mal trazadas cuartillas, con un examen general y un breve comentario, de la poesía más lograda de Jovellanos: la poesía didáctica de sus sátiras y sus epístolas, escritas en versos blancos, impecables siempre, y alguna vez en tercetos, y dirigidas en diferentes épocas a distintas personas; pero por las mismas rutas conducentes al engrandecimiento de los dos ídolos cuyo amor invariable ocupa su alma noble: España y la Ciencia, unidas; España creando la Ciencia para que ilumine su camino y la Ciencia guiando a España, su creadora, sin apartarse un pun-

(1) Pág. 14, b.

to de la más elevada virtud. Y a estos dos temas, en verdad grandes como los que él soñaba, vemos ascender la musa didáctica de Jovellanos llevando en sus manos unas veces la sátira de lo que se merece vituperio y otras, el elogio de aquello que requiere ser alentado para que triunfe.

Pero cuando flagela los defectos sabe elevarse sobre lo personal y sus censuras tienen una racial amplitud.

¡Oh! cuánto rostro veo, a mi censura,
De palidez y de rubor cubierto!
Animo, amigos, nadie tema, nadie.
Su punzante aguijón; que yo persigo
En mi sátira al vicio, no al vicioso.

..... (1)

A la vez que su propia experiencia, será la guía que mejor acierte sus propósitos:

¡Oh qué mudanza! ¡Oh qué lección! Bien dices,
La experiencia te instruye. Sí; del hombre
He aquí el más digno y provechoso estudio;

..... (2)

Y para que gocéis, con toda su belleza, del didactismo poético de Jovellanos, procuraré en lo que resta, que sean así sus versos, mejor que mis palabras, los que lleguen a vuestros oídos con su íntegra nitidez de doctrina y de poesía, realmente clásicas en muchos pasajes.

En sus composiciones dedicadas a España, se transe de dolor, ante aquella Nación sin Estado, del desgobierno de Godoy y la vil amenaza napoleónica, y su energía patriótica busca, inútilmente, hallar en el país el eco de sus sentimientos:

(1) Pág. 33, a.

(2) Pág. 47, a.

Sí, Arnesto; disipóse cual espuma
 El tiempo bienhadado
 En que el valor de España vió asombrado
 El lacio imperio, el moro y Motezuma.
 Hubo, Arnesto, hubo día
 En que la patria tuvo nombradía.
 Mas hoy; triste, llorosa y abatida,
 De todos despreciada,
 Sin fuerza casi al empuñar la espada,
 Que ha sido en otros tiempos tan temida,
 Mueve apenas la planta,
 Y los ojos del suelo no levanta.

..... (1)

Las dos sátiras, también dirigidas a Arnesto, con entona-
 da indignación patriótica, condenan el adulterio en la prime-
 ra, y en la segunda la aristocracia que gusta de confundirse
 con la plebe, y el señoritismo inútil, típico de aquella época
 desdichada. Son, sin discusión, lo mejor de Jovellanos por
 sus fogosas protestas contra el desórden y el vicio reinante,
 cuyos causas eran aparte del lujo y la venalidad, una incons-
 ciencia histórica tan aterradora, como la que hemos conoci-
 do en los últimos tiempos de la Monarquía. El gran asturia-
 no se desespera ante cuadro tan desolador:

«Déjame. Arnesto, déjame que lllore
 Los fieros males de mi patria, deja
 Que su ruína y perdición lamente...» (1)

La mujer, cuyo triste símbolo era aquella reina María Lui-
 sa de Parma, de ingrata memoria, que no defiende ni el ge-
 nio de Goya, hacía ostentación de sus vicios:

(1) Pág. 25, a.

(2) Pág. 53, a.

Ya la notoriedad es el más noble.
 Atributo del vicio, y nuestras Julias,
 Más que ser malas, quieren parecerlo.
 (1)

El prototipo de la honesta mujer española había llegado a esto:

¡Oh infamia! oh siglo! oh corrupción! Matronas
 Castellanas, ¿quién pudo vuestro claro
 Pundonor eclipsar? Quién de Lucrecias
 En Lais os volvió? ¿Ni el proceloso
 Océano, ni, lleno de peligros,
 El Lilibeo, ni las arduas cumbres
 De Pirene pudieron guareceros
 del contacto fatal?
 (2)

Y si se unían en matrimonio, era con aquella sinrazón que fragelaba también Moratín en su magnífica comedia, *EL SI DE LAS NIÑAS*, camino directo para el adulterio:

¡Cuántas, oh Alcinda, a la coyunda uncidas,
 Tu suerte envidian! Cuántas de Himeneo
 Buscan el yugo por lograr tu suerte,
 Y sin que invoquen la razón, ni pese
 Su corazón los méritos del novio.
 El sí pronuncian y la mano alargan
 Al primero que llega! ¡Qué de males
 Esta maldita ceguedad no aborta!
 (3)

Porque sólo un material interés había venido a sustituir lamentablemente el amor espiritual:

-
- (1) Pág. 33, a
 (2) Pág. 33, b.
 (3) Pág. 33, a

Daste al barato, y tu rosada frente,
 Tus suaves besos y tus dulces brazos,
 Corona un tiempo del amor más puro,
 Son ya una vil y torpe mercancía.

..... (1)

¡Con qué amargo desprecio señala Jovellanos la terrible
 amoralidad de su época para encauzar por otros derroteros a
 la juventud!

En estos versos que siguen, puzantemente irónicos, hace
 la sembranza del señorito ignorante—el mismo señorito mal
 criado o mal educado de las comedias de Iriarte—con sobriedad
 admirable de trazo:

.....Nunca
 Pasó del Be a Ba. Nunca sus viajes
 Más allá de Jetafe se extendieron;
 Fué antaño allá por ver unos novillos
 Junto con Pacotrigo y la Caramba;
 Por señas, que volvió ya con estrellas,
 Beodo por demás, y durmió al raso.
 Examínele, ¡oh idiota! nada sabe.
 Trópicos, era, geografía, historia
 Son para el pobre exóticos vocablos.
 Dile que desde el hondo Pirineo
 Corre espumoso el Betis a sumirse
 De Ontígola en el mar, o que cargadas
 De almendra y goma las inglesas quillas,
 Surgen en puerto Lápichi, y se leván
 Llenas de estaño y de adedejo; ¡ohl todo,
 Todo lo creerá, por más que añadas
 Que fué en las Navas Witiza el santo
 Deshecho por los celtas, o que invicto

(1) Pág. 34, a

Triunfó en Aljubarrota Mauregato.

¡Qué mucho, Arnesto, si del padre Astete

Ni aún leyó el catecismo...

..... (1)

Sí, porque no la clásica enseñanza española, ni siquiera a la exótica educación francesa que estaba al uso, debe lo que sabe sino a la más baja extracción social de la que ha aprendido lo plebeyo:

No la debió ni al dómine, ni al tonto

De su ayo mosen Maro, solo ajustado

Para irle en pos cuando era señorito.

Debióselo a cocheros y lacayos,

Dueñas, fregonas, truhanes y otros bichos,

De su niñez perennes compañeros;

Mas sobre todo a Pericuelo el paje,

Mozo avieso, chorizo y pepillista

Hasta morir, cuando le andaba en torno.

..... (2)

De tí aprendió a reirse de sus padres,

Y a hacer al pedagogo la mamola,

A pellizcar, a andar al escondite,

Tratar con cirujanos y con viejas,

Beber, mentir, trampear, y en dos palabras,

De tí aprendió a ser hombre, y de provecho.

..... (3)

Pues ¿qué decir del noble, afrancesado ridículamente desde su juventud? He aquí su retrato, verdadera caricatura de un cuadro de la época:

(1) Pág. 34, b

(2) Pág. 34, b.

(3) Pág. 35, a.

Un alfeñique perfumado y lindo,
 De noble traje y de ruines pensamientos?
 Admiran su solar el alto Auseva,
 Linia, Pamplona, o la feroz Cantabria,
 Mas se educó en Sorez; París y Roma
 Nueva fé le infundieron, vicios nuevos
 Le inocularon; cátales perdido,
 No es ya el mismo; ¡oh, cuál otro el Bidasoa
 Torno a pasar! cuál habla por los codos!
 ¿Quién calará su atroz galimatias?
 Ni Du Marsais ni Aldrete le entendieran.
 (1)

Si vivir se resume con esta inútil sencillez:

Visita, come en noble compañía,
 Al Prado, a la luneta, a la tertulia,
 Y al garito después. ¡Qué linda vida,
 Digna de un noble!..... (2)

Y lo peor es que este inútil vivir, que este afán de llamativo lujo que del extranjero vino a sustituir a la noble sencillez española, conducía a la ruina absoluta:

Ya ni el rico Brasil, ni las cavernas
 Del nunca exhausto Potosí no bastan
 A saciar el hidrópico deseo,
 La ansiosa sed de vanidad y pompa.
 Todo lo agotan; cuesta un sombrerillo
 Lo que antes un estado, y se consume
 En un festín la dote de una infanta;
 Todo lo tragan; la riqueza unida
 Va a la indigencia; pide y pordioseas

(1) Pág. 35, b.

(2) Pág. 35, b.

El noble, engaña, empeña, malbarata,
 Quiébra y perece, y el logrero goza
 Los pingües patrimonios, premio un día
 Del generoso afán de altos abuelos.
 (1)

Y también, a quien no tiene riquezas, a vender simoniaca-
 mente lo más alto y digno:

¡Oh ultraje! ¡oh mengua! todo se trafica;
 Parentesco, amistad, favor, influjo,
 Y hasta el honor, depósito sagrado,
 o se vende o se compra. Y tú, belleza,
 Don el más grato que dió al hombre el cielo,
 No eres ya premio del valor, ni paga
 Del peregrino ingenio; la florida
 Juventud, la ternura, el rendimiento
 Del constante amador ya no te alcanzan.
 (2)

Pero la voz airada y severa de Jovellanos clama contra tal
 estado de cosas; vibra deseosa de orientar de nuevo a España
 por su auténtica ruta, y el didactismo de nuestro poeta tiene
 acentos desesperados:

¿Qué importa? Venga denodada, venga
 La humilde plebe en irrupción, y usurpe
 Lustre, nobleza, títulos y honores.
 Sea todo infame behetría; no haya
 Clases ni estados. Si la virtud sola
 Les puede ser antemural y escudo,
 Todo sin ella acabe y se confunda.
 (3)

(1) Pág. 54, a

(2) Pág. 54, a

(3) Pág. 56, a

Sí. ¿Qué importa que se destruya España? En verdad que lo está ya y es preferible su ausencia a las ruinas oprobiosas... Y Jovellanos parece que presiente, cómo esa «humilde plebe», ese pueblo español, inmortal, que, entonces como ahora, no es democracia sino raza espléndida en que se confunde, sin luchas, todas las clases sociales, hermanadas para salvar al país, será el que se cubra de gloria libertando España en 1808...

Pero mientras tanto Jovellanos añora el apartamiento tranquilo de

... «El solitario penitente,
Que triunfando del mundo y de sí mismo,
Vive en la soledad libre y contento». (1)

como exclama, con sorda amargura, en su desengañada epístola, dirigida desde El Paular, a Anfriso, D. Mariano Colón, Duque de Veragua, a quien recuerda, con romántica delicadeza, la transitoriedad de la vida, en magníficos versos, de los mejores del autor;

Cúbrenle en torno, y la frondosa pompa
Que al árbol adornara en primavera.
Yace marchita, y muestra los rigores
Del abrasado estío y seco otoño.
Así también de juventud lozana
Pasan, oh Anfriso, las livianas dichas.
Un soplo de inconstancia, de fastidio
O de capricho femenil las tala
Y lleva por el aire, cual las hojas
De los frondosos árboles caídas.
Ciegos empero, y tras su vana sombra
De contino exhalados, en pos de ellas

(1) Pág. 41, b.

Corremos hasta hallar el precipicio,
 De nuestro error y su ilusión nos guían.
 Volamos en pos de ellas, como suele
 Volar a la dulzura del reclamo
 Incauto el pajarillo. Entre las hojas
 El preparado visco le detiene;
 Lucha cautivo por huir, y en vano;
 Porque un traidor, que en asechanza atisba,
 Con mano infiel la libertad le roba,
 Y a muerte le condena, o cárcel dura.

..... (1)

No obstante, aún en sus momentos de más disculpable abatimiento; en la cautividad angustiosa y deprimente de la prisión, tiene Jovellanos energía para escribir su epístola A BERMUDO, el famoso Ceán Bermúdez, «sobre los vanos deseos y estudios de los hombres», enseñando, a la vez, a la juventud española, que de nada vale lo material perecedero y ni aún el estudio sino va encauzado hacia la virtud que adora a la Divinidad:

Con todo, osada su razón penetra
 Al caos tenebroso; le recorre
 Con paso titubeante; y desdeñando
 La lumbre celestial, en los senderos
 Y laberintos del error se pierde.
 Confuso así, más no desengañado,
 Entre la duda y la opinión vacila.
 Busca la luz, y sólo palpa sombras.
 Medita, observa, estudia; y sólo alcanza
 Que cuanto más aprende, más ignora.
 Materia, forma, espíritu, movimiento,
 Y estos instantes que incesantes huyen,

(1) Pág. 41, b.

Y del espacio el piélagos sin fondo,
 Sin cielo y sin orillas, nada alcanza,
 Nada comprende. Ni su origen halla,
 Ni su término, y todo lo ve, absorto,
 De eternidad en el abismo hundirse.
 (1)

Tal vez, saliendo del más deslumbrado,
 Se arroja a alzar el temerario vuelo
 Hasta el trono de Dios, y presuntuoso,
 Con débil luz escudriñar pretende
 Lo que es inescrutable. Sondeando
 De la divina Esencia el golfo inmenso,
 Surca ciego por él. ¿Qué hará sin rumbo?
 Dudas sin cuento en su ignorancia busca,
 Y las propone y las disputa, y piensa
 Que la ignorancia que excitarlas supo
 Resolverlas sabrá. ¿Viste, ¡oh Bermudo!
 Intento más audaz?
 (2)

El, Dios, ha de estar presente en toda nuestra labor. Es preciso y así se logrará la perfecta unión del saber y la bondad en la del estudio y la fe religiosa:

..... Conocerle
 Y adorarle en sus obras; derretirse
 En gratitud y amor por tantos bienes
 Como benigno en tu mansión derrama;
 Cantar su gloria y bendecir su nombre;
 He aquí tu estudio, tu deber, tu empleo,
 Y de tu ser y tu razón la dicha.

(1) Pág. 43, b.

(2) Pág. 43, b.

Tal es, oh dulce amigo, la que el sabio
Debe buscar, mientras los necios la huyen.

..... (3)

Sabiduría y virtud son dos hermanas
Descendidas del cielo para gloria
Y perfección del hombre. Le alejando
Del vicio del engaño, ellas le acercan
A la Divinidad. Sí, mi Bermudo;
Mas no las busques en la falsa senda
Que a otros, astuta, muestra la fortuna.
¿Dónde pues? Corre al templo de Sofía,
Y allí las hallarás, Ruégala... ¡Mira
Cuál se sonríe! Instala, interpone
La intercesión de las amables musas,
Y te la harán propicia..... (1)

Si no, todo será inútil. Solamente un camino conduce al
hombre a la sabiduría y a la felicidad:

Serás sabio y feliz si eres virtuoso;
Que la verdad y la virtud son una.
Sólo en su posesión está la dicha;
Y ellas tan sólo dar a tu alma pueden
Segura paz en tu conciencia pura;
En la moderación de tus deseos
Libertad verdadera, y alegría
De obrar y hacer el bien en la dulzura,
Lo demás, viento, vanidad, miseria. (2)

No menos interés didáctico tienen las dos epístolas A POSIDONIO, escritas a D. Carlos Posada, desde la prisión del

(3) Pág. 44, a.

(1) Pág. 43, a.

(2) Pág. 44, a.

Castillo de Bellver, en Palma de Mallorca, donde imita algún verso de Garcilaso de la Vega y discurre sobre la libertad. Aunque está privado de ella el ilustre estadista, se siente libre de la envidia porque ésta nada puede contra la fama que da la virtud intachable:

Mas ¿qué es la fama? ¿quién la da y mantiene?
 ¿No es el supremo Arbitro del mundo
 Su fiel dispensador? Suyo es, no nuestro.
 Tan estimable bien; pródigo y justo
 Le da a quien fiel por merecerle lucha.
 La inocencia le alcanza: con su egide
 La virtud le defiende, y el que sabe
 Respetarlas y amarlas le conserva.
 ¿Le perderá quien nunca holló los santos
 Fueros de la verdad? ¿Quién, obediente
 A su voz, al error y a la ignorancia
 Pertinaz persiguió? Tú, Posidonio,
 Lo sabes; tú, testigo y compañero
 De mi vida interior, de mis designios,
 Viajes, estudios, y tal vez en ellos
 Auxilio y consultor... ¡Oh! ¡cuánto ahora
 De esta feliz seguridad la idea
 Es a mi corazón dulce y sabrosa!
 (1)

El hombre tiene que poner su alma por encima del materialismo vulgar:

..... ¿Al hombre pueden solo
 Recrear los sentidos? ¿Por ventura
 Verá en ellos el único instrumento
 De su felicidad, o podrá iluso
 Colocarla en sus ojos y su vientre?
 (2)

(1) Pág. 45, a.

(2) Pág. 46, a.

Pues nada le servirán las maravillas que le rodean sin cultivar su espíritu:

Cuanto en su imperio la natura ostenta
 Su riqueza magnífica, sus gracias
 Para el bruto ¿qué son? Nada sin vida;
 Que él pace y bebe estúpido, y vagando,
 Huella las flores; el arroyo enturbia,
 Y ni ama el campo ni a los cielos mira.
 No así tú, Carlos; tu razón, imagen
 De la divina inteligencia, y ese
 Espíritu sublime que a una ojeada
 Cielos, tierra y abismos ve, no esclavo
 Se hará de sus esclavos, ni a ellos solos
 Felicidad demandará,
 (2)

Por eso, él, preso, es libre: por su virtuosa resignación basada en su conciencia tranquila:

¿Encadenar su cuerpo?... Pero ¿Libre
 No romperá su espíritu los fierros?
 ¿Y no columbrará de aquella altura,
 Al través de los muros transparentes
 Del alcázar eterno, la corona
 Que está allí a su paciencia preparada?
 (3)

Y sin la virtud, esa virtud conjunto de virtudes, que es lo que quisiera inculcar toda la didáctica de Jovellanos con importancia superior, a lo demás; sin ser virtuoso, ¿qué horizontes inmutables pueden recrear el alma del hombre y hacerle feliz?

(2) Pág. 46, b.

(3) Pág. 46, b.

¡Oh alto, oh inmenso; oh sumo bien! Tu sólo
 Puedes saciar las almas que criaste!
 Hacia tí vuelan cuando van perdidas
 En pos de las bellezas que benigno
 Criaste tú también. Però ninguna
 Hinche su corazón, y de tí lejos,
 Nada le harta, todo le fastidia.
 ¡Oh divina virtud! A tí fué dado,
 A tí sola entrever de bien tan sumo
 La sublime morada!..... (1)

¡Ah! desdichado el que a tan alta dicha
 Y inefable consuelo abrir no puede
 Su duro corazón, y no conoce
 Que no hay desdicha en la virtud, y sólo
 La virtud santa puede hacer dichosos..... (2)

Virtud y tranquilidad horaciana de la vida campestre, fuera del fárrago urbano, como describe bellamente en la segunda epístola de las citadas, comparando la vida del campo con la de la ciudad.

Mas donde, acaso con mayor claridad, destacan los afa-
 nes de Jovellanos por instruir, es en aquellas composiciones
 en que inopinadamente, una alusión, una circunstancia cual-
 quiera, le impelen a sugerencias que aprovecha para discurrir
 sobre temas didácticos.

Así, respondiendo a una epístola de Moratín, hay esta vi-
 sión ingenuamente idealista de un internacionalismo religio-
 so y humano:

Una sola moral, un culto solo,
 En santa unión y caridad fundados,
 El nudo estrecharán, y en un solo himno,

(1) Pág. 46, a.

(2) Pág. 46, b.

Del Austro a los Triones resonando,
 La voz del hombre llevará hasta el cielo
 La adoración del universo, a la alta
 Fuente de amor, al solo Autor de todo. (1)

Y en la misma epístola y en la preciosa oda sáfica, muy sutil de gracia melancólica e impecable de métrica, dirigida a PONCIO, su amigo Vargar Ponce, leemos estos exquisitos versos donde late y quiere infundirse a los demás el entusiasmo por los viajes; la necesidad de instruirse conociendo el mundo plenamente:

Feliz Inarco, a quien la suerte un día
 Dió que los anchos términos de Europa
 Lograses visitar! ¡Feliz quien supo
 Por tan distantes pueblos y regiones
 Libre vagar, sus leyes y costumbres
 Con firme y fiel balanza comparando.
 (2)

¡Oh, cuán feliz nació la golondrina.
 Que dos veces al año viaja, y muda
 De andurrial, de tejado y de vecinal
 Vuela y revuela siempre la picuda
 En pos de su galán, que a hacer el nido,
 Cantar, cazar y procrear le ayuda.
 Fuérame yo tan listo y tan sabido
 Como ella, o de la gran naturaleza
 Con tan preciosos dones favorito,
 Y otra vegada echara a mi cabeza
 Fuera de este rincón, y en mi castaño
 Me diera a andar sin miedo ni pereza.
 (3)

(1) Pág. 42, b.

(1) Pág. 47, n.

(3) Pág. 47, b.

Quiero ver el gran mundo abierto y ledo,
 Cual le supo adornar la industria humana,
 Y escudriñarle cuanto gusto y puedo.

..... (1)

El mismo, en sus viajes, aprovecha sus visitas para criticar defectos o aconsejar reformas beneficiosas en que la ciencia se pone al servicio de la poesía. He aquí un juicio poco favorable de Burgos, pero de cuya perspicacia no podemos dudar ahora:

Llegué a Burgos, ¡oh corte derrotada!
 Ya vuelve a ser ciudad; planta, edifica,
 Limpia, proyecta; pero ¿instruye? Nada.
 Aún la pereza allí se santifica
 Y la ignorancia se regala..... (2)

Por el contrario, escuchad estos consejos que dá a los habitantes de la Rioja cuya fecundidad y riqueza conoció directamente y con ellos todo un breve plan agrícola y económico en unos pocos versos:

«Llevad, les dije, la onda fugitiva
 Del Ebro en torno hasta tocar la sierra;
 A Baco luego declarar la guerra,
 Y haced que, reducido a sus collados,
 Minerva y Ceres cubran vuestra tierra.
 Divididla, creadla, y los no arados
 Campos llenad de activos moradores,
 Y verlos héis felices y poblados.
 Más propietarios, más cultivadores,
 Menos ociosos, menos jornaleros,
 Menos pobres, en fin, menos señores,

(1) Pág. 48, a.

(2) Pág. 48, b.

Menos leyes y plumas, y mauleros
 De rapiña y de error, y hasta Sofía
 Más seguros y francos los senderos;
 (1)

Sin embargo, seguramente escribiría con más gusto el poeta que el técnico de agricultura, las epístolas donde la musa didáctica de Jovellanos le inspira doctrinas intelectuales y literarias. Para componerlas cualquier motivo era bueno.

¿Acaece que Monsieur D' Eymar, Abad de Val Chrétien, y traductor, al francés, de *El Delicuenta honrado*, de Jovino, va a Madrid? Pues ya está nuestro autor explicándole en una excelente epístola lo que ha de hallar en la Corte.

Así describe a los estudiosos de su amada Sociedad Económica Matritense de Amigos del País, cuyo presidente era entonces el Conde de Campomanes, otro insigne asturiano:

..... los veremos
 Trabajar por el bien de sus hermanos
 Sin fausto, ni escolta, sin señales
 De imperio o dignidad; sólo al provecho
 Los verás de su patria consagrados.
 El patrio amor preside las sesiones;
 El solo los congrega, los inspira,
 Los inflama, los guía y los corona.
 (2)

Otros allí verás, atentos siempre
 A conservar la gloria y la pureza
 Del lenguaje español, de sus dominios
 Las ajenas y bárbaras palabras,
 Y las espúrias frases desterrando.
 (3)

(1) Pág. 47, a.

(2) Pág. 36, b.

(3) Pág. 36 b.

Y pensando en el bien de la enseñanza proclama este elogio de las Artes:

¡Oh benéficas artes, que el muy Alto
 Para alentar a la virtud produjo!
 ¡A vosotras es dado solamente
 El gozar inmortales! ¡Almas grandes,
 Corred al heroísmo! Vuestros nombres
 Ya no irán con vosotros al sepulcro.
 (1)

Lo mismo, cuando en sus viajes y traslados profesionales, abandona Salamanca y Sevilla, ya lejos de ella, escribe sendas epístolas a los amigos que deja en ambas ciudades, ya dándoles consejos literarios, ya ensalzando, como siempre, la virtud.

En la epístola de JOVINO A SUS AMIGOS DE SALAMANCA, la más importante de las dos, desde el punto de vista didáctico, supone Jovellanos que Batilo, Delio y Liseno, poéticos nombres con que designa a sus queridos cofrades Meléndez Valdés, Diego González y Juan Fernández de Rojas, han sido embrujados y les escribe: «al compás lento y numeroso que ama tanto la didascálica poesía»:

¡Ay Batilo! ay Liseno! ay caro Delio!
 Ay! ay, que os han las magas salmantinas
 Con sus jorginerías adormido!
 Ay, que os han infundido el dulce sueño
 De amor, que tarde o nunca sacude!
 (2)

El amor platónico de sus tres damas poéticas les ha apartado de la alta poesía, moviéndoles a componer fruslerías poéticas que no les darán gloria ninguna:

(1) Pág. 37, a.

(2) Pág. 37, b.

..... Mis propios ojos,
 En tierno llanto entonces anegados,
 Vieron ¡oh maravilla! los tres nombres,
 Los dulces nombres de Ciparis bella,
 De Julinda y de Mirta la divina,
 Que estaban allí escritos; y cual suele
 (Si tiene tal prodigio semejante)
 Brillar con propia luz en noche oscura,
 La lícnide purpúrea, que en su rumbo
 Suspende al receloso caminante,
 Así en la oscuridad resplandecían
 Los tres amados nombres (1)

¡Oh amigas! nuestra obra, y estos nombres,
 Adorados de Delio y sus secuaces,
 A la maligna confección mezclemos.
 Su virtud penetrante, aún más activa
 Que los venenos mismos, irá recta-
 mente a iludir sus tiernos corazones,
 Y a blando amor eternamente dados,
 La vida pasarán adormecidos,
 Y morirán sin gloria»..... (2)

Entonces es cuando Jovellanos, creyéndolos perdidos y sin suponer, ni en sueños, que gracias a esas poesías exóticas, para él intranscendentes, deben la secundaria gloria de que gozan sus autores, decide aconsejarlos:

No, amigos, no; guiados por la suerte
 A más nobles objetos, recorramos
 En el afán poético materias
 Dignas de una memoria perdurable,
 Y pues que no me es dado que presuma

(1) Pág. 38, a.

(2) Pág. 39, b.

Alcanzar por mis versos alto nombre.
 Dejadme al menos en tan noble intento
 La gloria de guiar por la ardua senda
 Que va a la eterna fama, vuestros pasos,
 (1)

Y sin tener en cuenta, en este caso, por su formación neoclásica, lo que pudiéramos llamar el destino poético—que marca al artista su senda cuando lo es realmente—, sin admitir modificaciones didácticas; y menos aún, sin considerar, por la amistad que le unía a ellos, las limitadas fuerzas literarias de los tres, asigna a cada uno la renovación de un género literario, marcándole además las normas que debe seguir en su tarea.

A Fray Diego González, cuya obra cumbre es la linda poesía *EL MURCIELAGO ALEVOSO*, le propone nada menos que ésto:

Ea, facundo Delio, tú, a quien siempre
 Minerva asiste al lado, sus; asocia
 Tu musa a la moral filosofía,
 Y canta las virtudes inocentes
 Que hacen al hombre justo y le conducen
 A eterna bienandanza. Canta luego
 Los estragos del vicio, y con urgente
 Voz descubre a los míseros mortales
 Su apariencia engañosa, y el veneno
 Que esconde, y los desvía dulcemente
 Del buen sendero, y lleva al precipicio.

Después con grave estilo ensalza al cielo
 La santa religión de allá abajada,
 Y canta su alto origen, sus eternos

(1) Pág. 38, b.

Fundamentos, el celo inextinguible,
 La fé, las maravillas estupendas,
 Los tormentos, las cárceles y muertes
 De sus propagadores, y con tono
 Victorioso concluye y enmudece
 Al sacrilego error y sus fautores.

..... (1)

Al espíritu apocado de Menéndez Valdés, minucioso retocador de sus poesías, bellamente ñoñas, le anima a la poesía heroica:

Y tu, ardiente Batilo, del Meonio
 Cantor émulo insigne, arroja a un lado
 El caramillo pastoril, y aplica
 A tus dorados labios la sonante
 Trompa para entonar ilustres hechos.
 Sean tu objeto los héroes españoles,
 Las guerras, las victorias, y el sangriento
 Furor de Marte. Dinos el glorioso
 Incendio de Sagunto, por la furia
 De Anibal atizado, o de Numancia,
 Terror del Capitolio, las cenizas,

..... (2)

Y por último, al Padre Fernández Rojas, cuyas poesías apenas si se conocen, había de ser el nuevo Lope de Vega reformador del Teatro, sustituyendo por el coturno trágico la sandalia frailuna:

La empresa que a tu pluma reservada
 Queda, ¡oh caro Líseno! ¡ah, cuán difícil
 Es de acabar! ¡cuán ardua! Más ya es tiempo

(1) Pág. 38, b.

(2) Pág. 39, a.

De proscribir los vicios indecentes,
 Que manchan nuestra escena. ¡Cuánto, oh cuánto
 La gloria de la patria se interesa
 En este empeño! Triunfan mil enormes
 Vicios sobre el proscenio, y la ufanía,
 El falso pundonor, el duelo, el rapto,
 Los ocultos y torpes amorios,
 Contra el desvelo paternal fraguados,
 Y todas las pasiones son impune-
 mente sobre las tablas exaltadas.

Despierta pues, ¡oh amigo!, y levantado
 Sobre el coturno trágico, los hechos
 Sublimes y virtuosos, y los casos
 Lastimeros al mundo representa...
 Ensalza la virtud, persigue el vicio,
 Y por medio del susto y de la lástima
 Purga los corazones; vea la escena
 Al inmortal Guzmán, segundo Bruto,
 Inmolando la sangre de su hijo,
 De su inocente hijo, al amor patrio (1)

Ni más ni menos. Y a cumplirlo, como de real orden; con la forma dispositiva del jurisconsulto, que tanto divertía al Maestro Menéndez y Pelayo, al comentar estos versos en el pasaje suyo que ya os he leído.

Pero como el neoclasicismo de la doctrina y la largueza en juzgar la aptitud de sus amigos, no disminuyen el mérito de las ideas de Jovellanos, en lo que sigue, se ve perfectamente que, sin darse cuenta exacta, aspiraba a un teatro nacional moralizante—sus temas fundamentales de Patria, Ciencia y Virtud—que en la realidad ya existían—aunque estuviera ciego para verlo—en la dramática de la Edad de Oro, y, por for-

(1) Pág. 39, a.

tuna, sin el tono didáctico deseado por nuestro autor, solamente característico, con grandes diferencias, de Ruíz de Alarcón y algún otro:

¡Ah, vea alguna vez el pueblo hispano
 En sus tablas los héroes indígenas
 Y las virtudes patrias bien loadas!
 Bajar podréis también al zueco humilde,
 Y describir con gesto y voz picantes
 Las costumbres domésticas, sus vicios
 Y sus extravagancias... Pero ¿dónde
 Encontraréis modelos?..... (1)

Seguid, pues, este rumbo. ¡Qué tesoros
 Descubriréis en él! ¡Será el teatro
 Escuela de costumbres inocentes,
 De honor y de virtud! Será... Más ¿dónde
 Del bien común el celo me arrebatara?
 (2)

No es de tanta importancia didáctica la epístola de JOVINO A SUS AMIGOS DE SEVILLA, a los cuales trataba en la tertulia literaria del asistente Don Pablo de Olabide y en la Sociedad Económica de Amigos del País hispalense, que le revela de nuevo como lector asiduo de Garcilaso.

Pero quiero citaros, finalmente, estos versos suyos—ya que no la viva descripción de un viaje en diligencia, que es lo mejor de la epístola,—versos donde aparecen condensados los ideales de Jovellanos:

¿Acaso váis al ancho consistorio
 A consagrar, alumnos de Sofía,
 Vuestros talentos a la dulce patria?

(1) Pág. 39. a.

(2) Pág. 39. a.

¡Ay! ¡os diera yo ejemplos otras veces
 De esta virtud honrada y provechosa,
 De este amor patrio, y juntos le buscábais
 En pos de mí con generoso anhelo!
 (1)

Tales son, a grandes trazos, las ideas que animan la mu-
 sa didáctica de Jovellanos, como fundada en una vida de
 transparencia científica y moral, puesta al servicio de la Pa-
 tria por entero, según él mismo decía a su amigo Carlos Po-
 sada en unos magníficos versos:

Sí, tú lo sabes; sabes que mis días,
 Partidos siempre entre Minerva y Témis,
 Corrieron inocentes, consagrados
 Siempre al público bien. Sabes que en ellos
 Sumiso y fiel la religión augusta
 De nuestros padres, y su culto santo
 Sin ficción profesé. Que fuí patrono
 De la verdad y la virtud, y azote
 De la mentira, del error y el vicio.
 Que fuí de la justicia y de las leyes
 Apoyo y defensor, leal y constante
 En la amistad, sensible y compasivo
 A los ajenos males; de la pura
 Y cándida niñez padre, maestro,
 Celoso institutor; y de la patria,
 ¡Oh cara patria! de tu bien, tu gloria
 Constante y ciego promotor y amigo.
 (2)

Si el fin primordial de la vida del hombre es cumplir fe-
 cundamente la misión de su destino histórico, a Jovellanos

(1) Pág. 40, a.

(2) Pág. 45 a.

que, puesta su alma en Dios y en su Patria, dedicó su vida, íntegramente—sin buscar fáciles triunfos ni rehuir arduas luchas— a predicar la virtud y a enseñar la ciencia con dignidad y eficacia, ¿qué más alto sentir y más noble quehacer podrán exigirle la historia y la posteridad?